

LOS LACHES

(HISTORIA DE UN BARRIO BOGOTANO)

Escribe: HUMBERTO TRIANA Y ANTORVEZA

II

Don Pedro Fernández de Lugo al nombrar General de la expedición que exploraría el "Río Grande", a Gonzalo Jiménez de Quesada, le entregó su "Instrucción y Memoria" para el mejor desarrollo de la jornada (1). El Fundador de Santa Fe de Bogotá debía atenerse a una serie de indicaciones claras y precisas. Entre ellas el pedir oro a los indios que encontrara (2). Ya para esta época, y a pesar de las doctrinas de algunos teólogos los españoles consideraron como "tierras realengas" a todos los territorios descubiertos (3). Es decir como pertenecientes a la Corona de España (4). De ahí que en diversas reuniones el aproximamiento a los indígenas tuviera el carácter de hacerlos prestar sumisión al Papa y al Rey. Poco a poco, y en medio de penalidades sin cuento los que buscaban el Dorado, tuvieron que confesar que no había "la más mínima entrada de oro en las Cajas del ejército" (5).

Entre los sucesos más destacados de la expedición parece haber sido entre otros, el encuentro de las tropas con los aguerridos e indómitos indios Laches, quienes llamaron poderosamente la atención de Fray Pedro Aguado (6). En Tinjacá, los españoles supieron que adelante de Sogamoso "en cierta provincia de indios llamados Laches, había una casa que por ser tan abundantes de riqueza de oro, era llamada la casa del Sol" (7). Habiendo salido Hernán Pérez en busca de la casa del Sol" y atravesando por la provincia de Tunja, sin que en ella estuviese fundado el pueblo de españoles, y por las tierras y poblaciones del cacique y señor de Sogamoso fue a salir a las provincias de los Laches, que están puestas en tierras por la mayor parte muy frías, de la otra banda del río que los españoles llaman de Sogamoso, y otros de Chicamocha, y otros de Serrano, que entra en el Río Grande la Magdalena por más abajo del pueblo de la Tora.

Esta gente Lache, así en personas como en trajes, lenguas y habla, supersticiones de religión, es muy diferente de la gente del Río llamado Moxcas, de la cual gentes Laches y otros naturales trataré más largamente en otra parte.

El primer pueblo de esta provincia de los Laches donde los españoles llegaron fue uno llamado Ura, cuyos moradores salieron de sus casas con las armas en las manos, que son muy largas lanzas de palma, a resistir y rebatir los españoles que por sus casas se entraban, que serían hasta cuarenta hombres que iban de vanguardia, los cuales unos con otros anduvieron un buen rato porfiando con las armas, los unos por entrar, los otros por defender sus casas; pero fueron los indios Laches de este pueblo echados por los españoles, los cuales se alojaron aquel día en sus casas, que eran las paredes de piedra, aunque toscamente hechas, y las cubiertas y techos de paja.

Los indios de Ura se recogieron al pueblo de Chita, que cerca de allí estaba, donde incitaron a los naturales de él y de otros pueblos comarcanos a que tomasen las armas contra los españoles que habían de pasar forzosamente por su población; los cuales lo hicieron así y se juntaron más de dos mil indios con largas lanzas y macanas adornadas de una manera de estandarte hechos de plumas de guacamayas y papagayos y otros pájaros de colores, y otros de una pajueta delgada que de lejos parecen bien y lucen mucho; y como otro día saliesen los españoles del pueblo de Ura y marchasen para el de Chita, dieron en un río de aqueste mismo pueblo, llamado el río Ura, donde fueron detenidos por la gran creciente del río, que no pudieron pasar con la brevedad que se requería, y así Hernán Pérez de Quesada, con los que al principio pudieron pasar, que serían setenta hombres, caminó hacia el pueblo de Chita, de donde ya los indios habían dividido en tres escuadrones, a recibir a los españoles en el camino, teniendo gran confianza en su gran número y en sus crecientes y grandes lanzas de palo.

Hernán Pérez de Quesada descubrió los indios y vió los muchos que eran; quisiera retirarse a alguna parte hasta que el resto de sus gentes llegase, por no poner en condición la victoria, porque esta gente Lache había dado en el reencuentro de atrás muestra de gente más belicosa y briosa que los Moxcas, y de más de esto hacían gran ventaja a los Moxcas, así en la grandeza y disposición de cuerpos como en las armas, que eran muy más peligrosas y largas que las que los Moxcas usaban. Pero los indios no dieron a Hernán Pérez lugar para que hiciese lo que quería y pretendía, porque como vieron los españoles, luégo se vinieron acercando a ellos con paso largo y les fue forzoso a Hernán Pérez y a los que con él estaban, esperarlos y acometerlos, por no perder nada de su reputación. La resolución de esto fue que desde que los indios se acercaron a los españoles se detuvieron y repararon hasta que rompiendo por ellos los de a caballo, fueron movidos a pelear, y meneando sus toscas lanzas y macanas de palo, procuraban hacer daño a los nuestros pero ninguna cosa les dañaron y ellos recibían en sus desnudos cuerpos, grandes lanzadas de la gente de a caballo y heridas de los peones, de que morían y caían en el suelo muchos, lo cual les hizo perder el brío que traían y aflojar en el pelear y así recibir más daño, que les constriñó a volver en poco tiempo las espaldas y darse a huír, después de dejar caídos y muertos mucha parte de los que vinieron a trabar la pelea". Con las relaciones comerciales que ejecutaron los chibchas, estas influyeron notablemente sobre las tribus circunvecinas que "al traer sus productos a los mercados se lleva-

ban palabras, mitos y costumbres como otros tantos agentes de civilización y de conquista pacífica (8). Por ello en la época de la conquista, prácticamente los Laches se habían asimilado a la cultura muisca.

Durante el arzobispado de Fray Juan de los Barrios, se expidieron normas acerca de las tasaciones que debían pagar los indios ya que "pocos, según declaraba el Prelado, son los que no han excedido y quebrantado las leyes"... y es de saber que no todos son tasados de una mes (ma) manera, sino conforme a la tierra donde están y contratos de ella, porque en muchas provincias no hay oro ni mantas ni otras granjerías, y en tales partes y lugares les mandan dar de los que tienen y crían, como son maíz y aves y cabuya para hacer sogas, miel de abejas; petacas, calabazos y botijas de trementina y mantas de cabellos, que los indios Laches acostumbran hacer de sus propios cabellos, y sal y bija, que es cierto betún colorado con que en las borracheras se pintan y ponen galanos, y otras maneras de granjerías que los indios tienen"... (9).

Vencidos finalmente por los españoles se extinguieron biológicamente; pero de su lengua, arte y tradiciones dejaron abundantes testimonios (10).

III

Fue tradición hispana durante la conquista, el conservar los topónimos nativos (11), que agregaban a los nombres de las nuevas fundaciones. Quizás recordando sus andanzas, los conquistadores al dar nombre a los lugares aledaños a Bogotá, denominaron "Los Laches" a un montecillo hacia el oriente, sitio donde está ubicado hoy el Santuario Nacional de Nuestra Señora de La Peña. Suelo pobre por la mediocridad de la capa vegetal, fue abundante en otras épocas en piñuelas, esmeraldos, uvas camaronas, uvas de anís, llorones, helechos y chuscales (12).

La imposición del hombre sobre aquellos lugares, convirtieron la región, que otrora fuera bosque Sagrado de los Muisca en un típico suburbio, cuyas alternativas al través de la historia, lo han configurado y caracterizado.

Por diferentes fuentes ha podido comprobarse que el ámbito del hoy barrio de los Laches, era bastante amplio. Como que llegaba hasta lo que antes se llamó camino de Balkanes, lugar obligado en el tránsito hacia las poblaciones del oriente cundinamarqués, especialmente Chipaque. En su cuadro de costumbres "Nos fuimos a Ubaque" don Pepe Groot hace dialogar sobre el sitio a varios de sus protagonistas.

Llegada la familia a Chipaque, el tío preocupado por los equipajes comenzó a averiguar a cuantos llegaban. Grande fue la alegría cuando llegaron unos arrieros. El capataz de éstos interrogado "Si había dejado cargas o equipaje por el camino, finalmente dio razones de todo ello. —"¿En dónde los ha dejado?", preguntaron todos a la vez.

"... esas ya están en Ubaque descansadas a la hora de éstas..."

—¿Cómo así, cuándo nos han alcanzado?

—Pus porque yo me junté y me vine con ellos hasta Las Cruces y ahí tomamos chicha y ellos agarraron de jilo por la subida de Los Laches arriba y nosotros nos venimos por abajo..." (13).

El nombre de "Los Laches" fue muy conocido por los viejos santafereños. Una de las mejores chichas que se producía en Bogotá era la apodada "Laches". De su existencia en el siglo pasado nos habla Cordovez Moure, quien la cita, dentro del menú servido el 13 de octubre de 1893 (14). La chicha Laches era producida en el sitio de los Balcanes, hoy barrio alto de Las Cruces, y lugar concurridísimo por los cachacos que iban a solazarse por aquellos lugares como también a "La Gaité Gauloise", "La Media Torta", "Los Resplandores de Oriente", etc. (15).

En los albores del presente siglo los de la Gruta Simbólica y el catarro de Carlos E. Restrepo, eran parroquianos constantes de los "Nueve Estados", "El Caucho", "El Mosco", "El Capitolio", "Los Laches", "La Hormiga Roja", "Chile", "Ventorrillo", "Los Azulejos" y "El 80" (16). Allí tomaban la mazamorra bogotana y entre libaciones surgía la inspiración de los contertulios y curiosos.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Juan Friede, Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá (1536-1539). Bogotá, 1960. Pág. 55 y sgtes.
- (2) Friede, op. cit. Pág. 55 y sgtes.
- (3) José Ma. Ots Candequi. España en América. Bogotá, 1952, segunda edición, págs. 59 y sgtes.
- (4) Juan Friede, El indio en lucha por la tierra. Bogotá, 1944, pág. 9.
- (5) Friede, Descubrimiento... Op. cit. Pág. 59.
- (6) Fray Pedro Aguado, Recopilación Historial. Bogotá, 1956. Tomo I. Págs. 249, 318, 331, 332, 333, 409 y 422.
- (7) Aguado, ibidem, u. s.
- (8) Miguel Triana, La Civilización Chibcha. Bogotá, 1951, pág. 120.
- (9) Aguado, ibidem. Pág. 422.
- (10) Eliécer Silva Celis, Contribución al estudio de la civilización de los Laches. Boletín de Arqueología. Vol. I, 1945.
- (11) Sergio Elías Ortiz, Estudios sobre lingüística aborigen de Colombia. Bogotá, 1952. Introducción. Pág. 16.
- (12) Nicolás de Caycedo, La ofensiva verde en la falda de los cerros, "El Espectador", vespertino, 23 de marzo de 1961. Pág. 5.
- (13) José Manuale Groot, Nos fuimos a Ubaque, El libro de Santa Fe. Bogotá, sin fecha de edición. Pág. 200.
- (14) José María Cordovez Moure, Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Madrid, 1957. Pág. 972.
- (15) Ibidem. Pág. 971.
- (16) Iader Giraldo Dávila, Sicoanálisis de la Mazamorra, "El Espectador", vespertino, jueves, febrero 2 de 1961. Pág. 5.